

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Ramón Eduardo Ruiz Pesce



EN “DICHOS DE LUZ Y AMOR”, san Juan de la Cruz dice: “A la tarde te examinarán en el amor. Aprende a amar como Dios quiere ser amado, y deja tu condición”. Teresa de Calcuta, parafraseando esta sentencia de nuestro místico español, dice: “En la tarde de la vida te preguntarán qué has hecho por los pobres”. Permítanme, de entrada, preguntar, con toda crudeza y sin tapujos, qué estamos haciendo aquí, en medio del volcán en erupción de una Argentina agónica y quebrada, intentando reflexionar sobre *la mística* de san Juan de la Cruz. En Argentina hay hoy más de dos millones de personas que pasan hambre, escándalo que clama al cielo en un país que produce alimentos para trescientos millones de personas. Hemos recibido leche en polvo y otros alimentos y medicamentos de España e Italia, y los hemos dejado vencer por problemas aduaneros y otras necesidades por el estilo, a lo que se suma que este mismo mes, a causa del conflicto con los tamberos, se dejaron de producir ochenta y siete millones de litros de leche. En estos días, en Tucumán, nos enteramos, por un programa televisivo de Buenos Aires, de que en las escuelas de nuestra provincia hay chicos que se desmayan y lloran de

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

hambre. Lo que pasa es que si la pobreza o el hambre no aparecen por televisión, no las vemos. El poeta dice con agudeza, *los pobres son invisibles*; a los pobres no los vemos, no les hablamos, y de ellos no se habla. Los pobres no tienen rostro; son insignificantes, no tienen voz, no tienen memoria, no tienen historia, o son los derrotados de todas las historias.

Pero hoy, también entre nosotros, se vuelve a poner de moda hablar sobre los pobres. Bien se ha dicho que hasta los que propiciaron la multiplicación de la pobreza lloran por los pobres. Y todos lloran porque no llorar delataría que se está de acuerdo con el crimen de la pobreza. Y los pobres se han convertido, pues, en un espectáculo; y el escándalo social de la pobreza sobrecoge desde el alma más tierna hasta las de aquellos que únicamente veían pobres durante un tour a la India, en una excursión a Purmamarca o desde lo alto de la autopista en viaje al *country*. En su lúcida viñeta periodística, Orlando Barone, recientemente¹, muestra de un modo conscientemente cínicco el cinismo con el que hoy hablamos de los pobres. La pobreza, dice, es tan fácil que produce sentimientos básicos de compasión que resuelven la culpa. Uno se siente bien por sentirse mal ante un pobre. Y, yendo al grano, continúa, la verdad, o lo que más se aproxima a la verdad, es la pobreza; y no fue casualidad que Dios haya nacido pobre y no rico. Y Dios habrá querido decir algo que aún no hemos entendido. Los pobres no padecen de muchas cosas; no les está permitido padecerlas; no tienen jaquecas, estrés, melancolía, insatisfacción vocacional, añoranzas de bienes perdidos, inquietudes psicoanalíticas ni nostalgias turísticas; no se afanan por la dieta ni desayunan en la cama... Los pobres son decididamente distintos a “nosotros”, los no pobres, pero acabarán por cansar. Están de moda, entre otras razones porque los *pobres* sirven para hacer sentir más ricos a los semipobres, a los medio pobres, a los aspirantes a pobres y a los que también van a ser pobres. El riesgo es que si aumentan, dice Barone, seamos incluidos. O los socorremos o nos ganan. Y pensar que hasta hace cinco o seis años en Argentina sólo se hablaba de los ricos.

¹ Orlando Barone, “Antropología de los pobres”, *La Nación*, Enfoques, 28-4-2002.

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Y en estos momentos cruciales, cuando Argentina está empobreciéndose aceleradamente, recién ahora, cuando estamos siendo crucificados en la pobreza, estamos encontrando nuestro verdadero destino sudamericano; el destino de un pueblo pobre. No deja de ser una paradoja que nos reunamos para hablar del Dios del amor y del Dios de la vida, y hacerlo en un momento en que la ignominia de la pobreza y la infamia de las muertes prematuras o violentas llevan la voz cantante entre nosotros. Los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín y en Puebla captaron la radicalidad del desafío de anunciar la Buena Nueva a los pobres en un continente donde reinan una miseria inhumana y una pobreza antievangélica. Estas son las coordenadas que nos proponemos exponer aquí, *cómo hablar del Dios amor al pobre, al inocente que sufre*. Y ello significa cómo dejarnos interpelar por el lenguaje místico del amor gratuito que Dios nos tiene, y cómo acoger la denuncia profética de justicia ante el sufrimiento del inocente.

En una “Relectura de san Juan de la Cruz desde América Latina”, Gustavo Gutiérrez se preguntaba en el congreso sanjuanista, reunido en España en 1991, cómo decir que Dios nos ama en un continente en el que más del 60% de la población padece hambre y es indigente o sufre pobreza extrema. En los países latinoamericanos hay altas tasas de mortalidad infantil, con enfermedades de pobres, como el cólera. Entre nosotros campean los asesinatos y los atropellos cotidianos a los derechos humanos. Y formo parte de esos cristianos, decía nuestro teólogo de la liberación, que en América Latina consideran que la pobreza es contraria a la voluntad de Dios; formo parte de quienes creemos que la solidaridad con el pobre y la lucha por la justicia son exigencias cristianas ineludibles. Desde estas realidades y desde estas dificultades, se cuestionaba Gustavo Gutiérrez, ¿qué interés puede tener para nosotros el santo de la *Subida del monte Carmelo*, de las noches y las purificaciones y de los desposorios con Dios, que parecen tan alejados de la vida cotidiana? ¿Qué interés puede tener para nosotros este santo para quien temas como la justicia social y la liberación de los oprimidos parecen extraños?

La urgente actualidad y vivo interés que puede despertar san Juan de la Cruz en nosotros radica en encarnar del modo más cabal una mística de la pobreza. Bien ha dicho Michel de Certeau que es

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

posible trazar un “mapa místico” en el que se entrecruzan la situación existencial de la pobreza y la decisión radical de la religiosidad mística. Sólo quien ha vivenciado las experiencias de la desposesión y del despojamiento, de la pobreza y de la humillación, puede abrir los ojos para un conocimiento radical de sí mismo y de lo realmente real del mundo. Los místicos, enamorados del amor de Dios, buceadores de lo real último, emergen del mundo de los pobres. Y de esta “tradición humillada” surgirán las palabras sanjuanistas de la “desnudez”, la “desapropiación” y la “pobreza”. En los avisos espirituales, san Juan de la Cruz aconseja a “inclinarse más a lo dificultoso que a lo fácil, a lo áspero que a lo suave, y a lo penoso de la obra y desabrido que a lo sabroso y gustoso de ella, y no andar escogiendo lo que es menos cruz, pues es carga liviana... poniéndose siempre en el más bajo lugar, y esto muy de corazón; porque este es el modo de ser mayor en lo espiritual, como nos dice Dios en su evangelio: ‘Quien se humilla será exaltado’”.

En *Subida del monte Carmelo*, en la noche activa del sentido, el místico y maestro espiritual que nos ha dado España, nos aconseja inclinarnos a lo más dificultoso, a lo más desabrido, a lo trabajoso, al desconsuelo, a lo menos, a lo más bajo, a no querer nada... y, en suma, “desear entrar en toda desnudez y vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo”. Juan de la Cruz es un pobre, un hombre sin atributos, no tiene atributos ni del saber, ni del tener, ni del poder; es un pobre de Dios, y como Él, un invisible; tal es uno de los núcleos más profundos y primigenios de su santa biografía; y es lo que seguirá estando en el centro de ella, y se plasmará en su doctrina mística de la desnudez, de la pobreza y del desasimiento:

“Para venir a gustarlo todo, no quieras tener gusto en nada; para venir a poseerlo todo, no quieras poseer algo en nada; para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; para venir a saberlo todo, no quieras saber algo en nada; para venir a lo que no gustas, has de ir por donde no gustas; para venir a lo que no sabes has de ir por donde no sabes; para venir a lo que no posees, has de ir por donde no posees; para venir a lo que no eres has de ir por donde no eres” (Subida, 1, 13, 10).

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

En tal desnudez y pobreza, el alma espiritual halla su quietud y descanso, porque “no codiciando nada, dice el místico, nada la fatiga hacia arriba y nada la oprime hacia abajo, porque está en el centro de su humildad”. Esta doctrina sanjuanista de la desapropiación y de la purificación no significan, por cierto, ni odio al mundo ni odio a la carne, pero sí significan comprometerse en el seguimiento de Cristo hasta la muerte, y muerte de cruz. Para venir a serlo todo, no quieras ser algo en nada; tal es el programa que encarna este místico de la pobreza. Elegir ser pobre, hacerse pobre, hacerse un sencillo, hacerse niño, para estar en entera disponibilidad para que sólo Dios nos baste; hacernos débiles para que Dios se haga fuerte en nosotros.

La teología habla de Dios, pero santo Tomás de Aquino ya advirtió que de Dios no podemos saber lo que es sino sólo lo que no es; con lo cual la tarea teológica de “hablar de Dios” se presenta como ardua, si no imposible. Pero viene en nuestro socorro la palabra de Dios: “En aquel tiempo, tomando Jesús la palabra, dijo: ‘Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se las has revelado a la gente sencilla’ (Mt11,25-26). Los “sabios e inteligentes”, aclara Gustavo Gutiérrez, apuntan a la minoría social y religiosa de Israel; a los doctores de la ley, a los sumos sacerdotes, a los escribas. Se trata de gente importante y religiosa, por eso, la afirmación de Jesús de que la revelación del Padre había sido ocultada a esa gente desafiaba la autoridad religiosa y social de los expertos en la Ley, exaltando la capacidad de los ignorantes para comprender la revelación. La “gente sencilla” alude a los niños pequeños, a los pobres, a los huérfanos, a las viudas, a los hambrientos y afligidos; a los pecadores y a los enfermos, a los “no invitados a la cena”, y, en suma, estos “sencillos” nombran los invisibles e insignificantes “pobres del país”.

Retomemos, pues, la pregunta que dirige esta reflexión: cómo decirle al pobre desde nuestra situación histórica concreta, la de América Latina y la de Argentina, que Dios le ama. Cristo es el Señor de la historia, han recordado los obispos argentinos en la reciente “Oración por la Patria”. La liberación integral en Cristo, ha dicho Gustavo Gutiérrez, es un llamado eficaz a la comunión plena con el Padre y por ello mismo tiene repercusión desde ahora mismo en la historia. La liberación es camino hacia la libertad y en última instan-

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

cia hacia la comunión con Dios. Y el centro del mensaje del Señor es el reino de Dios, reino de vida, amor, verdad, paz, justicia, libertad. “El Reino está cerca”, dice Jesús al comenzar su predicación (Mc 1,15), y Lucas precisa, en lo que Juan Pablo II llama “el primer programa mesiánico”, el contenido de ese anuncio: “El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar la Buena Nueva a los pobres, me ha enviado a predicar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc 4,18-19).

Toda teología, dice nuestro teólogo de la liberación, parte de este dato primero de la liberación integral en Cristo y por Cristo; habida cuenta de este dato teológico primordial, Gustavo Gutiérrez, puesto a reflexionar sobre el desafío histórico del anuncio evangélico a los pobres, apela a la figura de *Job*, quien encarna un modo bíblico de cómo “hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente”, y toma a san Juan de la Cruz como un paradigma de estos sencillos e invisibles pobres del país a los que Dios, amándolos gratuitamente, se les revela en plenitud. *Job* encarna el amor desde la noche oscura; y la *Noche oscura* juancruciana es, se podría decir, la encarnación evangélica del libro de *Job*. Es así que Juan de la Cruz se manifiesta como un lector ejemplar del libro de *Job*, porque lo lee no como un sabio o un docto, sino como un pobre, como un hombre sencillo y humilde. Esto hace de nuestro místico español un hombre a la vez universal y concreto, místico y profético, y por ello su *Noche oscura* y su *Llama de amor viva* siguen resonando hoy con todo su vigor y belleza. La palabra mística de san Juan de la Cruz sigue conmocionándonos e interpelándonos proféticamente desde el basurero, desde el muladar del que Dios, amándonos gratuitamente, sigue sacándonos.

En este escenario en que se debaten y desgarran el amor gratuito del evangelio y el sufrimiento del inocente aplastado por la pobreza antievangélica, se hace urgente y oportuna la pregunta de cómo decirle al pobre, al oprimido, al insignificante, “Dios te ama”; de aquí se desprende la oportunidad de la reflexión sobre el libro de *Job* en nuestro suelo y en nuestra hora. Porque, en efecto, la vida diaria de los pobres parece ser el resultado de la negación del amor. Y san Juan de la Cruz, con sus cantos escritos en lengua mística y profética, realizó un esfuerzo ímprobo para decirnos que Dios nos ama; y allí, se

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

puede decir, está el corazón mismo de la revelación cristiana. Y en *Noche oscura* el místico español dice que Dios dio la disponibilidad a Job para hablar con Él, pero no lo hizo a través de deleites y glorias, como las que el propio Job refiere que solía tener en su Dios, sino “tenerle desnudo en el muladar, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura y sembrado de gusanos el suelo; y entonces, desta manera se preció el que *levanta al pobre del estiércol*” (Sal 112,7). ¿Cómo anunciar, pues, al Dios de la vida como don gratuito en el sufrimiento del inocente?

En el testimonio y en la obra de san Juan de la Cruz, indica Gustavo Gutiérrez, la *gratuidad*, el amor gratuito de Dios, aparece como algo profundamente bíblico. Nada hay más exigente que la gratuidad, ya que el deber tiene techo, se basta con el cumplimiento de la obligación, pero la caridad no tiene techo, y la noche oscura de los sentidos y del espíritu deben desnudarnos y, finalmente, librarnos de idolatrías, liberarnos de todo obstáculo para que se cumpla la nueva ley, la ley del amor. Adorar ídolos es el riesgo de todo creyente; idolatrar significa confiar en algo o en alguien que no es Dios, entregar nuestras vidas a lo que hemos fabricado con nuestras manos. Y a ese ídolo muchas veces le ofrecemos víctimas, por eso los profetas ligan tanto la idolatría y el asesinato, y libran el buen combate de la fe en contra del crimen de lesa humanidad agazapado en la pobreza. El que no ama es un homicida, dice san Juan evangelista, y en el desamor está la raíz del crimen de la pobreza.

San Juan de la Cruz considera a Job un profeta, y lo era; su libro está más cerca de los profetas que de los libros sapienciales. Y Job, según canta la *Noche oscura* juancruciana, habla a Dios desde el muladar; desde el basurero. En el muladar Dios le habla al pobre cara a cara. Y en esa situación de extrema marginación y pobreza, Job encuentra un lenguaje para hablar de Dios; el *lenguaje de la gratuidad del amor de Dios*. Y en América Latina, dice Gustavo Gutiérrez, hace mucho tiempo que estamos convencidos de que nuestro mayor problema en materia de creencias no es el rechazo a la fe, sino la idolatría. El riesgo del creyente es idolatrar el poder y el dinero; esta idolatría del poder y del dinero es siempre, en un análisis de la fe, la razón de la pobreza, de la miseria, de la injusticia. No hay que olvidar ese escándalo que también clama al cielo de que América

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

Latina sea el único continente que es, simultáneamente, cristiano y pobre.

El libro de Job, tal como lo muestra Gustavo Gutiérrez, es la articulación de una apuesta entre Satán y Dios, por una parte, y el lenguaje profético y el lenguaje místico para hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente, por otra. Reseñemos este itinerario. El inicio del libro es una apuesta acerca del hablar sobre Dios; la cuestión liminar es la de si existe alguien que desde el sufrimiento injusto sea capaz de afirmar su fe en Dios y hablar de Él gratuitamente. Satán apuesta por el no, Dios apuesta por el sí. Al final, sabemos, Dios ganará la apuesta, porque Job, rebelde pero justo, demostrará que su religión es desinteresada y gratuita. La experiencia de la fe de Job se sitúa en ese mundo de los no personas, los pobres, los insignificantes, los perdedores, los vencidos, los derrotados de la historia; la apuesta arranca desde el basurero, desde el muladar. Pero es preciso seguir a Job en los dos senderos del lenguaje para afirmar su fe, el sendero del lenguaje profético y el sendero del lenguaje contemplativo o místico.

En el lenguaje profético, Job tiene que salir al cruce de sus amigos, que hablan de Dios, aplicando la doctrina teológica de la retribución temporal, recordándole a Job que Dios castiga a los malos y recompensa a los justos. Los amigos de Job siguen ese esquema simplista, que coincide con la doctrina teológica dominante en la época en que se escribe este libro. Esa posición teológica resulta cómoda y tranquilizadora para los que poseen bienes en este mundo, al tiempo que logra una resignación con sentido de culpa en quien carece de ellos. En la historia del cristianismo se han dado nuevos impulsos a esta doctrina ética que ve en la riqueza un premio de Dios al hombre honesto y trabajador, y en la pobreza ve un castigo al pecador y ocioso². Y los amigos de Job, defensores de esta doctrina de la ética retributiva, se ha dicho con acierto, conciben la religión como un mercado, la humildad como una póliza de seguros, la moralidad como una pieza de moneda que compra la paz del alma y la prospe-

² En una visión católica de una "teología" del capitalismo, tras las huellas de Michael Novak, Jacques Paternot y Gabriel Veraldi escribieron un libro titulado *¿Está Dios contra la economía? Carta a Juan Pablo II*, que comenzaba, cínicamente, diciendo: "Santidad: ¿La Iglesia quiere a los pobres hasta tal punto que procura producir muchos más por temor a quedarse sin ellos" (Planeta, Buenos Aires, p. 9).

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

ridad. Superficialmente ellos confiesan un magnífico credo, y su teísmo parece sin mancha. En profundidad, su creencia no es la fe; no defienden a Dios, sino a su necesidad de seguridad. Su teísmo se ha convertido en una refinada forma de idolatría.

Job replica airado contra sus amigos; él se sabe pecador, pero también sabe que no merece las penas que padece. Perder hacienda e hijos no es una desgracia que le adviene, sino que es un sufrimiento injusto. Se sabe inocente, y así lo dice. Y si es inocente, ¿por qué los castigos y el sufrimiento?. Elifaz le replica que, al proclamarse inocente, en virtud de la presunta verdad de la retribución temporal, Job está contra Dios y blasfema. Job contraargumenta, lo que saben ustedes, le dice a los amigos, yo también lo sé, pero quiero dirigirme al Todopoderoso, deseo discutir con Dios; *ustedes son médicos mata-sanos, que hablan con discursos vacíos*. En medio del dolor y del sufrimiento, Job busca comprender la justicia de Dios para con el inocente que sufre; pero está harto de las abstracciones teológicas de sus amigos, y se queja de que son unos *consoladores inoportunos*. La teología de Job, en cambio, está atenta a lo concreto, a lo vivencial; es sufriente y es esperanzada. Nunca olvida el amor gratuito y la compasión infinita de Dios. Pero en la denuncia del lenguaje de sus amigos, Job está revelando que siempre nuestro lenguaje es tributario de la situación en la que estamos; así, las palabras de Job, acuñadas desde el dolor y el sufrimiento, pueden criticar la teología huérfana de experiencia vital y carente de compasión de sus amigos.

Job se mantiene firme en la convicción de su inocencia, y a pesar del injusto sufrimiento injusto que padece, no sucumbe a la tentación de maldecir a Dios; no dice nunca que Dios es injusto, prefiere, en cambio, criticar la teología retributiva de sus amigos, que le inducirían a maldecir a Dios. Los amigos vuelven a la carga; declararse Job como justo significa condenar a Dios. Job se defiende; no se puede justificar a Dios condenando al inocente. Job eleva sus quejas por los dolores y sufrimientos de los pobres de este mundo, y con ello está cambiando el parámetro de la ética, está pasando de una ética de méritos personales hacia una ética atenta a las necesidades del prójimo. Y en este contexto surge la pregunta acuciante, ¿por qué a los malvados les va bien en la vida? Esta sola pregunta revela la falsedad de la doctrina de la retribución temporal que defendían los

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

amigos de Job. Y los malvados, dice Job, son los negadores de Dios, y los que niegan a Dios son enemigos de los pobres.

La pobreza no es una fatalidad que llueve del cielo; es responsabilidad de los malvados; maldad provocada por unos cuantos que explotan y despojan al pobre, dice Job. La Biblia afirma que la vida cotidiana del pobre es muerte, por eso los opresores son llamados asesinos, así lo dice el libro del Eclesiástico: “El pan de los indigentes es la vida del pobre, el que se lo niega es homicida; mata a su prójimo quien le quita el sustento, quien no paga el justo salario derrama sangre” (Eclo 34,21-22). Y los opresores, asesinos de los pobres (huérfanos, viudas, desempleados), operan de noche, esperando tal vez que la oscuridad disimule sus crímenes. Pero la causa de los pobres es la de Dios.

Elifaz, más sutil que los amigos de la doctrina de la retribución temporal, pugna con Job dando a entender que estaría incurriendo el propio Job en la “ruta de los perversos”, porque el verdadero culto religioso y profético consiste en practicar el amor y la justicia; al no hacerlo Job sería también un malvado. Y los padecimientos y sufrimientos de Job serían el fruto de esos pecados de desamor e injusticia cometidos. Job refutará nuevamente esta imputación de perversión, pero, a la vez, advertirá que ser justo significa atender y liberar al pobre. “Yo era padre de los pobres”, dirá Job, nombrando así un título de Dios, porque ser pobre no es un castigo divino. “Dar al pobre es dar a Dios”, dice Proverbios 19,17. Y Job asume aquí la figura de un Cristo del Antiguo Testamento, porque Cristo se identifica con los pobres de este mundo (Mt 25,31-46).

El lenguaje profético se expresa en este compromiso con el pobre y el concomitante rechazo de la idolatría. El sufrimiento del inocente se ve ahora bajo una nueva luz; ya el profeta Isaías, mentando al Siervo Sufriente, había roto la doctrina que ligaba sufrimiento a pecado. La íntima relación entre Dios y el pobre es el tema del lenguaje profético, porque creer en Dios es solidarizarse con el pobre; aliviar el sufrimiento injusto es hacer justicia, es comprometerse con el pobre. El profeta habla en lugar de Dios, y habla sobre Dios. Dios es el Señor de la historia; el que juzga todos los acontecimientos históricos, es el fundamento último de la conducta humana; Dios es la piedra angular de la ética del reino de Dios. Y, en esa ética profética

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

del compromiso con el pobre, Job encuentra más fuerza para pedir explicación a Dios sobre la relación entre el Dios justo y el sufrimiento del inocente.

Convergiendo con el lenguaje profético, que establece la íntima relación entre Dios y el pobre, explota al final del libro de Job el lenguaje contemplativo, el lenguaje místico. Ambos lenguajes se complementan y se corrigen recíprocamente. Ante sus desgracias, el justo Job tiene una primera y espontánea respuesta de aceptación y de confianza en Dios. Dolido, pero convencido, exclama: “Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a él. El Señor me lo dio, el Señor me lo quitó, ibendito sea el nombre del Señor!”. Es un texto célebre, fuente de la afirmación referida al “paciente” Job. En lugar de maldecir, como pretendía Satán, Job bendice el nombre del Señor. En esta dimensión contemplativa, todo viene de Dios; todo es *gratisdado* por Dios; por lo tanto, no hay derecho a reclamar nada. En contra de la apuesta de Satán, la religión de Job es efectivamente gratuita y desinteresada. Y es la gratuidad el rasgo central de la fe en Dios.

En la fe popular se vive esta misma convicción de la gratuidad, del señorío de Dios; todo es de él. No obstante compartir este sentir, Job quiere pleitear judicialmente con Dios, pero la confianza en el señorío de Dios le coloca más allá de la justicia; la justicia no es la última palabra hablando sobre Dios, lo es el reconocimiento de la gratuidad del amor de Dios. El amor de Dios se mueve no por causas y efectos o por retribuciones del doy para que me des; todo amor verdadero se mueve en el ámbito de las libertades y de la gratuidad. La gracia de Dios lo envuelve todo y lo penetra todo en la historia, por eso hay que pasar de una concepción penal o jurídica de la historia a una concepción de una historia de la gracia y la libertad. Y sólo desde esta gratuidad amorosa, que procede de la bondad y libertad de Dios, se puede comprender la predilección de Cristo por los pobres.

No hay oposición entre lenguaje místico y lenguaje profético; no se contraponen la gratuidad y la justicia; sí hay contradicción, en cambio, entre la gratuidad del amor libre y la doctrina de la retribución temporal de los amigos de Job. Desde esta comprensión del amor gratuito de Dios, ninguna obra humana “merece” la gracia, y la

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

gratuidad del amor divino es el marco en que se inscribe la experiencia de practicar la justicia. Las obras humanas, como dice la epístola a los Romanos de san Pablo, no justifican ni salvan al hombre. La fe que salva es una gracia del Señor. Sólo accedemos al reino de Dios por gracia, “por gracia somos salvados”, dice Romanos 2,5. Pero “la fe opera por obras”, complementa Gálatas 5,6.

Y así, para recapitular estas reflexiones en torno del Dios que levanta al pobre del estiércol y tratar de redondear la cuestión inicial del decirle al pobre, inocente que sufre, que Dios le ama, preguntémonos nuevamente en el sentido del libro de Job, ¿es posible creer en Dios gratuitamente? ¿Podemos hablar bien, podemos bendecir a Dios desde el sufrimiento del inocente? Job no busca escaparse hacia un Dios mejor; permanece allí, en el corazón de la noche, en lo más profundo del abismo. Job se refugia en el Dios que le acusa, Job confía en el Dios que lo ha decepcionado y desesperado, Job toma como defensor al que lo somete a juicio, Job asume como liberador al que lo aprisiona, Job elige como amigo a su enemigo mortal. Pero esto Job lo hace ampliando su experiencia del sufrimiento injusto; ha asumido la perspectiva ética de las necesidades del prójimo, especialmente de los pobres, abandona la moral de premios y castigos. En su adversidad se rebela y lucha con Dios, pero termina rindiéndose a su amor gratuito.

Para finalizar la glosa de este bello libro de Gustavo Gutiérrez, sigamos a Job guiado por la mano del Señor, como canta el salmo, mostrando que el lenguaje profético para hablar de Dios es necesario enriquecerlo con el lenguaje de la contemplación y la veneración. Y el punto de partida de ambos lenguajes no es una idolatría, es una presencia. El salmo 73 dice “Pero yo siempre estaré contigo, tú agarras mi mano derecha, me guías según tus planes, me llevas a un destino glorioso... Aunque se consuman mi espíritu y mi carne, Dios es la roca de mi espíritu, mi lote perpetuo” (Sal 73,23-24.26) El lenguaje místico es expresión de la gratuidad, el lenguaje profético es el de la exigencia. Entre la gracia y la exigencia vive el seguidor de Jesús. Ambos lenguajes son necesarios e inseparables, es más, se alimentan y se corrigen mutuamente. Jeremías expresa bien esta conjunción: “Canten al Señor, alaben al Señor, que libró al pobre del poder de los malvados” (Jr 20,13). *Cantar y liberar*, acción de gracias

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

por la liberación del pobre. Contemplar y practicar, gratuidad y justicia. Gustavo Gutiérrez, como colofón del libro, va a enfatizar que lo dicho aquí resume la espiritualidad de la teología de la liberación desde sus inicios: “La insistencia en la práctica de la justicia y la solidaridad con el pobre, dice, no debe nunca desembocar en una actitud obsesiva que impida ver que la riqueza y el significado último de aquella se encuentra sólo en el horizonte grandioso y misterioso del amor gratuito de Dios”³.

Además, la construcción misma de una sociedad justa requiere un impulso y un clima que únicamente la gratuidad puede dar. Efectivamente, no se trata de enfatizar lo lúdico y gratuito contra lo justo, sino de hacer que el mundo de la justicia encuentre su pleno sentido en el amor libre y fontal de Dios. El lenguaje de la contemplación reconoce que todo viene del amor gratuito del Padre y abre “nuevos horizontes a la esperanza” (Puebla 1165). El lenguaje profético denuncia la situación de injusticia y despojo en que viven los pobres, porque busca descubrir los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, en los rostros marcados por el dolor de un pueblo oprimido

³ aternot y Veraldi (*Op.cit.*) impugnan categóricamente las ideologías y trampas del “tercermundismo” y la simbiosis cristiano-marxista de la *Teología de la liberación*, extendiendo su condena a los documentos “marxistizantes” del Episcopado Norteamericano (*Justicia económica para todos*), así como los documentos del Episcopado Latinoamericano (Medellín y Puebla), y, van por más, advierten el sesgo “socialista” que tienen algunos textos del magisterio social de Juan Pablo II (verbigratia *Laborem exercens* y *Sollicitudo rei socialis*). En todo el libro, el espíritu que anima esta crítica es complementar la encíclica de Juan Pablo II sobre la “Preocupación por los problemas sociales” (*Sollicitudo...*) con una que debiera versar sobre *Sapientia rei economicae* (*Sabiduría en materia económica*), para lograr así transformar las buenas intenciones de la Doctrina Social de la Iglesia en acciones, fundadas en “una doctrina económica coherente que aporte eficacia a la doctrina social”. Y, en apoyo de su argumento, invocan la propia enseñanza de la Iglesia, que “ha repetido mucho, en su propio lenguaje, que no hay que separar moral y conocimiento, caridad y progreso técnico...”. En síntesis, que ‘ciencia sin conciencia no es más que la ruina del alma’. Ahora debe comprender, so pena de hacer por sí misma mucho daño a la humanidad, que la recíproca es igualmente cierta: conciencia sin ciencia es la ruina. *La preocupación por la pobreza que se apoya en la ignorancia y el error económico aumenta la pobreza en vez de reducirla. Sería trágico que la opción de la Iglesia por los pobres sea de hecho una opción por la pobreza*” (p. 34, cursivas RP). Y así se pase, rematan, de una Iglesia de los pobres a una Iglesia de la pobreza.

RAMÓN EDUARDO RUIZ PESCE

(Puebla 31-39). Ambos lenguajes nacen en el pueblo pobre de América Latina, como en Job, desde el sufrimiento y la esperanza del inocente.

La comunión en el dolor y en la esperanza es el mensaje de la cruz: “Necedad para los que se pierden, mas para los que se salvan es fuerza de Dios” (1 Cor 1,18); paradójicamente, esa “fuerza” es “debilidad divina” (1 Cor 1,25). Ella anima el *lenguaje de la cruz* entrelazando el lenguaje profético y el lenguaje místico, único lenguaje apropiado del Dios de Cristo. El lenguaje de la cruz es locura para los sabios y doctores de este mundo, pero convoca a los débiles y despreciados de la historia. “Ha escogido Dios más bien lo necio para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios lo débil del mundo para confundir a lo fuerte. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios, lo que no es para reducir a nada lo que es” (1 Cor 1,26-28). No obstante, emplear el lenguaje de la cruz, dice Gustavo Gutiérrez, supone hacer nuestro el significado de la crucifixión. Sólo desde el seguimiento de Jesús es posible hablar de Dios. Desde la cruz, el Señor nos llama a seguir sus pasos “porque –nos dice– mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11.30). Esta invitación al seguimiento de Cristo entronca con el texto sobre la revelación a los sencillos, enmarcado en la gratuidad del amor de Dios; es allí donde hay que colocar el camino de la cruz al que Jesús nos invita. Pero el Cristo, como Job, habló bien de Dios en las últimas palabras de la cruz. El grito del Cristo abandonado hace más hondo el clamor de todos los Job de la historia humana. Y este grito del sufrimiento injusto no puede acallarse. El que padece injustamente tiene derecho a la queja y a la protesta. En ella dice su perplejidad y al mismo tiempo su fe. En América Latina hoy, en Argentina hoy, no es posible hablar de Dios sin tener en cuenta la situación de los últimos de la historia, exclamando como Jesús: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. Y toda teología cristiana, consciente o inconscientemente, responde a esa pregunta que acompaña los sufrimientos de la época.

Aquí, en nuestro país, y en los países hermanos de América Latina, hoy, a diario, seguimos viviendo la violación de los derechos humanos, el asesinato, la tortura. Por eso, también para nosotros, se trata de encontrar, como Job, un lenguaje sobre Dios en medio del hambre de pan –pan de trigo y Pan de vida– de millones de seres

SOBRE LA MÍSTICA DE SAN JUAN DE LA CRUZ

humanos, en medio de la injusticia social hecha sistema, en medio de los sufrimientos de pueblos que luchan por su derecho a la vida. Una vez más, para concluir, surge la pregunta crucial: ¿cómo anunciar el amor de Dios en medio de tan profundo desprecio por la vida humana? ¿Cómo proclamar la resurrección del Señor allí donde reina la muerte, en particular la de niños, mujeres, pobres y otros “insignificantes” de nuestra sociedad y de nuestra historia?

Sólo sabiendo callar y comprometiéndose con el sufrimiento de los pobres se podrá hablar desde su esperanza. Sólo tomando en serio el dolor de la humanidad, el sufrimiento del inocente, y viviendo bajo la luz pascual el misterio de la cruz en medio de esa realidad será posible evitar que nuestra teología sea un “discurso vacío”. Sólo así no mereceremos de parte de los pobres de hoy el reproche que Job lanzaba a la cara de sus amigos, *ser médicos matasanos, ser consoladores inoportunos*. Enviando a su Hijo, el Padre “apostó” por la posibilidad de una fe y una conducta marcadas por la gratuidad y la exigencia de establecer la justicia. Siguiendo las huellas de Jesús, los “perdedores” de la historia –como Job– están haciendo que el Señor gane su apuesta.